

# FRANCK THILLIEZ

# PANDEMIA



FRANCK THILLIEZ

# PANDEMIA

Traducción de Joan Riambau

Título original: *Pandemia*

© 2015, Fleuve Éditions, Department d'Univers Poche

© por la traducción, Joan Riambau, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Canción del interior:

Página 20: *Comme toi*, © Compilation 1996 Sony Music Entertainment (France) S.A.,  
interpretada por Jean-Jacques Goldman

Primera edición: septiembre de 2017

ISBN: 978-84-08-17520-9

Depósito legal: B. 14.071-2017

Composición: Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: Cayfosa (Impresia Ibérica)

*Printed in Spain* - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

*Viernes, 22 de noviembre de 2013*

Amandine Guérin observaba una pequeña colonia de bacterias gramnegativas —unos centenares de unidades de *Escherichia coli*— bajo las lentes de un microscopio de gran aumento. Los organismos, coloreados con violeta de genciana, apenas medían tres millonésimas de metro y chapoteaban en una solución nutritiva. La microbióloga se apartó de la mesa de trabajo y le cedió su lugar al becario.

—Ya verás, están un poco estresadas.

Adivinó que, detrás de la mascarilla respiratoria, Léo no las tenía todas consigo. Éste aproximó sus ojos azules a los oculares. En esa instalación de seguridad se manipulaban salmonelas, estafilococos y listerias que se extraían de congeladores a  $-80\text{ }^{\circ}\text{C}$  situados en un rincón del laboratorio. Unas bacterias rara vez mortales, pero que era necesario manipular con mucha precaución.

—El que está estresado soy yo.

—En el peor de los casos, puedes pillar una diarrea de tres o cuatro días. Dime, ¿cuáles son las causas del estrés de las bacterias?

—Los cambios de temperatura, el frío, el calor, las modificaciones del entorno desde el punto de vista químico..., la presión, la luminosidad.

—¿Y qué estrategias despliegan ante el estrés?

—Consumirán la menor energía posible, se pondrán en dormancia o se pegarán unas a otras. Algunas bacterias como el ántrax fabrican esporas para protegerse del entorno.

—Perfecto. Cuando...

Alguien llamó con fuerza en la única pared traslúcida del laboratorio de nivel de bioseguridad 2 (NSB2). Amandine volvió la cabeza. Era Alexandre Jacob, el jefe del Grupo de Intervención Microbiológica, el GIM. La microbióloga le indicó que entrara, pero éste se negó. Era evidente que no estaba de humor para vestirse con el equipo necesario. Así que Amandine le dio algunas instrucciones a su alumno, se bajó la mascarilla, se quitó los guantes y se lavó las manos, frotando cuidadosamente entre cada dedo e insistiendo en las uñas muy cortas. Salió por la compuerta. Detrás de ella, en la puerta, colgaba un panel amarillo y negro que alertaba del riesgo microbiológico.

—Hemos recibido una alerta sanitaria. ¿Puedes ponerte en marcha dentro de media hora?

—Estaba trabajando con el becario en mi investigación, pero no hay problema.

Ese día, Amandine estaba de guardia microbiológica hasta las cinco de la tarde. Tenía que estar localizable en todo momento y dispuesta a intervenir cuanto antes en cualquier lugar de Francia. Una especie de Grupo de Intervención de la Gendarmería Nacional (GIGN) de los microbios, que contaba con cuatro científicos veteranos y con móviles que formaban parte de los doce empleados del GIM.

—Perfecto. He recibido una llamada de la prefectura del norte. Ve inmediatamente a la reserva ornitológica de Marquenterre, en la bahía de Somme. La razón oficial del cierre del parque es un problema de mantenimiento. IVE,<sup>1</sup> exige la mayor

1. Instituto de Vigilancia Epidemiológica.

discreción. Tomad el coche de Johan, él ya está al corriente. Protocolo habitual.

—Muy bien. ¿Y cuál es la verdadera razón del cierre del parque?

Alexandre Jacob contaba con una habilitación personal de seguridad de defensa y no era el más hablador del servicio.

—En una reserva de pájaros, ¿qué crees que se puede encontrar?

Amandine le dijo al becario que las manipulaciones habían terminado, se ocupó de limpiar y desinfectar el material y luego arrojó su ropa de laboratorio a una cesta de desechos infecciosos. No llevaba gorro: su cabello, de apenas unos milímetros de longitud, desvelaba un cráneo casi calvo que asombraba a cuantos la veían por primera vez. Era un corte común entre los chicos, pero raro en una mujer guapa y pelirroja. Amandine sólo lucía cabello largo en unas pocas fotos; las más recientes de las cuales se remontaban a tres o cuatro años atrás.

Pasó por el despacho para recoger sus efectos personales y luego se encontró con su colega Johan Dutreille en el aparcamiento lleno a rebosar del Instituto Pasteur de París. Allí, al igual que en Lille, miles de entusiastas llevaban a cabo investigaciones sobre el cáncer, el Alzheimer o los genes, y se enfrentaban a las enfermedades y las combatían fieles al espíritu de Louis Pasteur. «Curar a veces, aliviar a menudo, escuchar siempre.» Y ello gracias a la generosidad de la gente, porque si el Pasteur de Lille y el Pasteur de París aún existen hoy en día es en buena medida gracias a los donativos.

Los dos microbiólogos atravesaron la barrera de seguridad y se hallaron en pleno distrito 15, no lejos de la estación de Montparnasse y de su gigantesca torre. Se pusieron en camino al volante del Kangoo de Johan. En el maletero se hallaba ya

todo el material necesario para su intervención, impecablemente ordenado a uno y otro lado, con una hilera central entre las maletas y los bidones. En el mundo de Johan, todo debía ser simétrico, y sin duda ésa era la razón por la que una marcada raya dividía en dos su morena cabellera. Amandine se abrochó el cinturón.

—¿Sabes más que yo sobre este asunto de Marquenterre? Tengo la sensación de que Jacob no me tiene mucho aprecio.

—No digas eso, te aprecia mucho. Sólo hay que darle tiempo para que se aclimate a la capital. Viene del sur y lo lleva mal. Y además Jacob está sometido a mucha presión. No es fácil desembarcar y suceder a uno de nuestros más prestigiosos investigadores, que se acaba de jubilar...

Amandine miró de reojo a su colega. Tenían la misma edad, treinta y cuatro años, aunque Johan parecía mayor, con su raya muy intelectual, el bigotito y las cejas que se unían formando una barra negra como el carbón. Las curiosidades de la naturaleza no se hallaban sólo en las placas de Petri.

—¿Y qué pasa en el parque de Marquenterre?

—Ha dado la alerta esta mañana uno de los guías naturalistas de la reserva, que ha encontrado tres cadáveres de cisnes salvajes. Ha informado a su director y éste ha seguido el procedimiento habitual en caso de hallazgo de aves migratorias muertas. Ha llamado inmediatamente al ASN.<sup>2</sup> Media hora más tarde, el IVE estaba al corriente y ha hecho cerrar la reserva. Los servicios veterinarios también se dirigen hacia allí.

—Aves migratorias... Si no me falla la memoria, la última alerta de ese tipo en Francia se remonta a 2007.

—Sí, en Mosela. Y no fue nada grave, un simple virus.

—Esperemos que sea de nuevo el caso. Estamos en pleno flu-

2. Agencia Sanitaria Nacional.



jo migratorio y sería muy inquietante que tuviéramos por aquí el H5N1,<sup>3</sup> aunque como diría Jacob...

—«¡Lo tenemos todo controlado!»

Sorprendió a Amandine bostezando. Su expresión volvió a ser seria.

—Por cierto, ¿cómo está Phong?

—Está... —empezó a decir, y suspiró—. Jacob es muy curioso y me he enterado de que estaba indagando sobre mi vida privada. Va preguntando a unos y a otros. No sé por qué.

—¿Por qué? Porque es el responsable de la seguridad del laboratorio, ésa es la razón. Y porque ahí dentro hay sustancias que podrían matar a miles de personas. Por eso se informa sobre los antecedentes de cada uno de nosotros. Y añádele a eso que es un poco paranoico. Tiene que serlo a la fuerza para que le hayan concedido una habilitación personal de seguridad de defensa.

—Eres el único que sabe lo de Phong. Y no tiene que llegar nunca, jamás, a oídos del jefe, ¿de acuerdo? No quiero que, si un día decide ponerme palos en las ruedas, utilice mi vida privada contra mí. Me gusta trabajar sobre el terreno. En los laboratorios a veces me ahogo.

—Sabes que puedes contar conmigo.

Amandine se inclinó hacia la radio, sintonizó por casualidad las noticias y finalmente se decidió por poner música. Un éxito de Goldman, *Comme toi*. La joven apoyó la nuca contra el reposacabezas y observó los edificios de unos suburbios repentinamente silenciosos. Unas torres anónimas, sin atisbo de esperanza. Era un paisaje triste, sucio y deprimente, como la porquería sobre un parabrisas. Sobre todo a finales de noviembre, cuando la lluvia era más insistente y más glacial. Le gustaban las grandes

3. Virus de la gripe aviar.

ciudades tanto como las detestaba. Johan comprendió que era preferible dejarla en paz y se concentró en la carretera.

Llegaron a Somme dos horas más tarde. La reserva natural se hallaba a orillas de la bahía. Una vez que bajó del coche, Amandine se desesperó y contempló el horizonte. Los colores eran los de un día de otoño, pero, al ver las olas del mar del Norte a lo lejos, la joven se dijo que los matices del gris también podían ser magníficos.

Inspiró profundamente el aire fresco. Tal vez debería haber ido más a menudo a la costa del Norte con Phong. A disfrutar del mar, de la naturaleza y de ellos mismos. Sin embargo, el trabajo, sus peritajes y la investigación en el laboratorio la habían absorbido.

Y hoy...

Johan quiso llevar solo las dos maletas de material —una en cada mano, por una cuestión de simetría— y Amandine no se lo impidió. Se contentó con llevar el bidón vacío.

Los científicos saludaron al director de la reserva.

—Soy Johan Dutreille y le presento a Amandine Guérin, del equipo móvil del GIM del Pasteur de París.

El hombre les tendió una mano regordeta. Debía de tener unos cincuenta años y sus gafas de montura elíptica no podían ocultar la inquietud que se leía en su rostro.

—Nicolas Pion. Ya han llegado los bomberos y dos personas de los servicios veterinarios.

El director los condujo a través de la reserva, que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Unas grandes bandadas de pájaros surcaban el cielo en un suntuoso ballet, impulsados por una insondable voluntad de supervivencia. Algunos grupos partían hacia las tierras ardientes de África y otros llegaban de las heladas regiones boreales. Amandine sabía que esa parte del noreste de Europa, con Bélgica, Alemania y Bulgaria, era un importante

corredor migratorio por el que circulaban cada año decenas de miles de aves. Johan observó atentamente el entorno.

—¿No se han encontrado otros animales muertos en la reserva?

—Hemos hecho una inspección y, a primera vista, no hay nada anormal.

—¿Disponen de información sobre esos cisnes?

—Según uno de mis empleados, ayer ya estaban en el lago, pero vivos y coleando. Vienen de las regiones boreales, principalmente de Rusia, para una larga pausa invernal. Es una especie que raras veces está presente en Marquenterre, y este año las migraciones se han retrasado. Quizá será un invierno suave. O tal vez se deba al calentamiento climático que lo trastoca todo, ¿quién sabe?

Llegaron a una pequeña extensión de agua, en medio de la cual dos tipos con mascarillas y guantes trabajaban en una barca. Los bomberos se ocupaban de remar y de estabilizar la embarcación. Recogían los cadáveres de los cisnes y los metían en unas bolsas blancas que, a su vez, depositaban en embalajes biológicos. Se realizaría la autopsia de las aves en un entorno seguro, un laboratorio de tipo NSB3+, el sùmmum en materia de seguridad. Ante una sospecha de virus aviar no se podía bromear.

Amandine observó los otros pájaros presentes en el lago. Patos, garcetas, pollas de agua... Unos potenciales portadores de virus que no tardarían en proseguir su migración hacia zonas más clementes. Y desempeñarían su papel de vector de microbios, como cualquier ser vivo.

Los dos científicos se pusieron la ropa de protección: guantes, mono, mascarilla, cubrezapatos de papel y, en el caso de Johan, el gorro. El microbiólogo le explicó el proceso al director mientras Amandine preparaba el material.

—Complementariamente a la labor de los servicios veterinarios, tomaremos muestras de agua, de lodo y de los sedimentos que tengan heces de los cisnes muertos. El virus, si efectivamente se trata de un virus, se ha diluido en miles de litros, pero como debe de suponer no vamos a trasladar esa cantidad tan grande en el maletero del Kangoo para analizarla en el laboratorio...

—Llenaremos varias veces el bidón, aspiraremos el agua con esta bomba y con unos filtros especiales atraparemos los organismos, para quedarnos al final solamente con unos mililitros de líquido. Y en ese líquido habrá una fuerte concentración microbiana —completó Amandine.

Pion iba de un lado a otro, nervioso. Parecía hacer oídos sordos a las explicaciones.

—Mis empleados se hallan en una situación comprometida, porque hay gente esperando a la entrada de la reserva. ¿Cuándo podré abrir el parque?

Los científicos intercambiaron una mirada. Johan se volvió hacia la barca que regresaba y saludó amistosamente, dejando que Amandine diera las explicaciones.

—En cuanto tengamos las muestras, las enviaremos al Centro Nacional de Referencia de la gripe del Pasteur de París. Este CNR es el único laboratorio, junto con el de Lyon, que se ocupa de todo lo relacionado con la gripe a escala nacional. Unas horas después, si todo va bien, sabremos si se trata de un virus de tipo gripe aviar H5N1.

—¿Y si fuera el caso?

—Probablemente se decretaría el cierre de la reserva durante varios días hasta comprobar que no aparecen otros pájaros muertos y para que el prefecto pueda tomar una decisión.

—¿Cerrar toda la reserva por tres cisnes muertos? Pero...

—Lo lamento, pero los protocolos que se deben seguir en caso de indicios de gripe aviar son muy estrictos. Conoce tan

bien como nosotros la peligrosidad de ese virus y el riesgo de propagación a los criaderos. El perímetro de seguridad debe ser lo más amplio posible.

Pion asintió resignado. Todas esas precauciones le parecían exageradas. A fin de cuentas, no se trataba más que de tres cadáveres de cisnes. Quizá hubiera sido mejor no haber dicho nada y haber arrojado los pájaros a la basura. Inquieto, se alejó para hacer unas llamadas.

Johan y Amandine saludaron a los miembros de los servicios veterinarios de la ASN. La conversación fue breve y amable. Luego subieron a una barca y los bomberos remaron hasta las pequeñas boyas que sus colegas habían dejado para indicar el emplazamiento de los cisnes. Vieron las heces, atrapadas en las algas de la superficie.

—¡Manos a la obra!

En silencio, llenaron el bidón con agua del lago, tomaron muestras de los sedimentos y del lodo, sacaron la bomba, montaron los filtros y los tubos y pusieron en marcha el sistema. Era artesanal, pero funcionaba bien. Durante más de dos horas aspiraron el agua, llenando el bidón, y la transfirieron a los filtros especiales destinados a recoger los microorganismos.

Amandine sintió un leve escalofrío al guardar las muestras de líquido en unos embalajes biológicos especiales ADR de triple grosor. Quizá el famoso H5N1 de la gripe aviar ya se hallaba allí, invisible, dormido y dispuesto a aniquilar. Ese asesino en serie infectaba al hombre en contadas ocasiones —era necesario respirarlo en grandes cantidades en los criaderos ya infectados—, pero, si lo hacía, mataba a una de cada dos personas.

Misión cumplida. Los dos buscadores de microbios desaparecieron discretamente con las maletas y el bidón, bajo la mirada de los pocos turistas curiosos y de los ornitólogos que aguarda-

ban a la entrada del parque. Sin duda los tomaban por empleados de mantenimiento. Y era mejor así.

Después de comer en un restaurante de los alrededores, tomaron de nuevo la autopista y se dirigieron a la capital. Circunvalaciones y rondas, embotellamientos, bocinazos. A Amandine el día le había pasado volando y sentía un incipiente dolor de cabeza. Eso le hizo pensar que había olvidado tomarse su Propranolol.

Llegaron finalmente al Instituto Pasteur. La joven consultó el reloj mientras Johan descargaba las maletas del vehículo.

—¡Vaya, son casi las siete! Le he prometido a Phong que no volvería muy tarde.

Johan le sonrió.

—No te preocupes, yo me ocuparé de esto. De todas formas, tengo que acabar algunas cosas en el laboratorio.

—De acuerdo, pero antes pasaré por descontaminación. Gracias, Johan.

—Y relájate un poco, Amandine, ¿vale? Trabajas demasiado.

—No será fácil, pero lo intentaré.

—¿Le explicarás lo de los cisnes a Phong? ¿Aún tiene contactos en la OMS? Quizá pueda obtener alguna información succulenta que no conseguiremos a través de Jacob.

—No sé si me apetece que meta la nariz en esto. Ya sabes lo obstinado que es cuando se mete en algún asunto.

Johan cerró de golpe el maletero del Kangoo.

—Tú sabrás, pero eso le tendría ocupado.

—Phong no se aburre.

Su réplica fue un poco seca.

—Valor, Amandine. Hasta el lunes.

Valor... Había dado con la expresión más adecuada.

Porque abrir la puerta de su *loft* en los suburbios, en el sudoeste de París, no era en absoluto un alivio.

La mayoría de las veces era incluso un sufrimiento.